

Javier de Viana



Prosiando

textos.info
biblioteca digital abierta

Prosiando

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7659

Título: Prosiando

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 31 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 31 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Prosiando

A Bernardo Maupeu.

Como cueva de peludo era el potrero. Serpeante senda, tan angosta que las zarzas castigaban ambos flancos del caballo, y tan bajamente techada por el entrecruzamiento de las ramazones que debía el jinete mantenerse todo el tiempo echado sobre las crines; larguísima y oscura senda, en parte cortada por canalizos, en sitios obstruida por troncos atravesados, conducía al playo liso, limpio y verde, donde los matreros reposaban en absoluta seguridad.

Afuera, en el campo libre debía estar sobrando luz todavía, porque aún no habían vuelto las palomas de su excursión a los rastrojos, ni cantado la calandria la oración de silencio; pero allí, en el potrillo diminuto, enmurallado por árboles de veinte metros de altura y con más ramas que hijos tiene un matrimonio pobre, amulatábase el cielo y podía darse por ido el día.

Al pie de un vivaró que se alzaba a manera de torrejón sobre la chusma montaraz, el viejo don Tiburcio y el imberbe Saturno cimarroneaban y proseaban a la espera de los compañeros que salieron al mediodía en busca de carne.

Las circunstancias, el sitio, la hora, todo era propicio a la meditación, a pasar revista al pretérito, desgajando, descascarando, poniendo al descubierto el "cerno" del palo, lo que resiste, lo que perdura, lo que deslinda y orienta.

Decía el viejo:

—Asina es j'el destino 'e los hombre... Pero yo siempre he creído qu'el destino no es un bicho ciego que sacude palo p'acá y p'allá, sin carcular ni elegir, voltiando lo mesmo al inocente y al indino... No; qué querés: no creo. El destino no marca asina no más, al puro ñudo, sino que cuando tira una lechiguana pa un lao y desparrama la yel pal otro, razón no le ha de faltar p'hacerlo.

—¡No pierda el paso, amigo don Tiburcio! replicó amargamente el mozo.—¿Tiene razón el destino p'aporriarme a mí, pongo por caso, o pa obligar a un hombre viejo y bueno como usted a disgraciarse y tener que ganar las baguales, mientras tanto desalmao vive feliz?... ¡No diga, don Tiburcio, no diga!... Que el destino es el destino y que uno no se libra d'él por más que haga, lo mesmo qu'el perro no se libra 'e las pulgas por más que se refriegue contra el suelo... estamos conformes; pero que sea justo...

Don Tiburcio interrumpió:

—¡Che, che! ¡no golopiés tan ligero, que al mejor parador se le atraca el estribo!... Yo dije razón y no dije justicia.

—Lo mesmo es negro que tiznao...

—Pa vos, que entuavía sos muy potrillo y confundís cicuta con "miomío"... Y cuasi tuitos confunden, creyendo qu'el destino es una cosa qu'está ajuera 'e nosotros, siempre al laíto, pa librarlo de un cayo a este y p'hacerle meter la pata en mi pozo a aquel... y no es asina, no; no es asina... El destino cada uno lo llevamos adentro, cada uno tenemos algo lisiao adentro y es de ahí que salen nuestras avestruzadas y nuestras penas... Unos más, otros menos, tuitos tenemos falla en el maquinismo que redepente empieza a ladiarse pa un lao; en ocasiones uno lo va sosteniendo y aunque despacito, camina, camina, hasta que se empaca y no hay más remedio que apiarse y hacer noche en medio el' campo, pero si uno s'encapricha y hace juerza, y tuerce la manija... a veces lo endereza... y a veces se ruempe el pescuezo...

—Tuito eso lo hallo muy oscuro—dijo Saturno; y el viejo, sin responderle, prosiguió:

—Fíjate en mí, que puedo servir pa ejemplo: me dio pu' el trago y le priendo al trago... Suele acontecer que me d'asco, y qu'en ocasiones al amanecer con el gañote reseco, las tripas recalentadas y la cabeza vacida como cañuto de órgano, me propongo darle güelta a la manija, aunque apeligre ponerme de poncho el pingo... Pero después me resuelvo a seguir la vida al tranco, que, de tuitas layas, con porrazo más o con porrazo menos, yendo a pie o en ferrocarril, naidas pasa más allá del sitio ande ha 'e dejar la osamenta. Y eso sí qu'está escrito, che!... ¿Ande anda el porrón?

—Pu'acá lo vide.

—¡Alcánzamelos pa rezarle una Ave María!

Gaiardó silencio el viejo, y Saturno quedóse pensativo. Al rato dijo:

—Pudiera ser no más... Tal vez yo mesmo tuve la culpa 'e m'infortunio... No era mala Paula; pero tenía el corazón chiquito, yo le enllené 'e cariño y reventó!... Y después, pude largarla al campo y olvidarla, como se larga y se olvida un mancarrón asoliao... Debía haberlo hecho, y en vez, la cosí a puñaladas... ¡Bah! ¡Qu'esté adentro o qu'esté ajuera, el destino siempre arrempuja lo mesmo!... Déme un trago!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.